

7 Mayo • 20 Junio

Los cuadros de las Estaciones

Otras obras de Ramón Gaya

Calle de Murcia.

Desde el Malecón

Gouache sobre papel, 31 x 40 cm. 1961



gracias a

 ARTES GRÁFICAS
NOVOGRAF


MUSEO RAMÓN GAYA
AYUNTAMIENTO DE MURCIA

La mirada del tiempo

Son el cielo y la calle una misma sustancia de grises y de ocre, que la huerta cercana y el río otorgan a este paisaje nebuloso y encantado. Sólo el verde y el naranja, venidos de las aguas y de las frondas, dejan su impronta en la calle humilde festoneada de casas bajas, sobre las que destacan las copas de las palmeras

y ponen su nota de color en la monocronía de un espacio ceñido por los vapores del sueño, que son, acaso asimismo, los vapores de la memoria, la mirada del tiempo.

Ramón Gaya, en marzo de 1960, tras veintiún años de exilio, regresa a España, donde volverá en muchas ocasiones a lo largo de esa década, pero nadie está del todo en el exilio ni para siempre, y menos que nadie, un pintor, un dios de grandes ojos y memoria infinita. Tal vez la técnica del gouache, como la acuarela, proponga en parte esa comunión intensa del hombre con las imágenes de su tiempo y de su lugar de origen y den cumplida cuenta del sentimiento que envuelve a los recuerdos.

Un cuadro como este pudiera describir un espacio tan sólo, pero no agotaría, tal vez, toda su fuerza, pues en su materialidad abunda asimismo el tiempo, esa divinidad desvaída, prolija y compleja que nos gobierna y nos condena al fin.

Dos figuras están a punto de encontrarse en esa calle, dos esbozos humanos, que apuntan formas femeninas, cada una en un extremo, y, quizás, es en este detalle en el que la magia de la pintura ha impreso la sombra de un enigma. Nos elevamos desde la mera contemplación hasta la propuesta de una fábula en el interior de la obra o de un proyecto de fábula.

El observador curioso de este cuadro suspende por unos segundos su aliento, porque entre las manchas de pintura, los difuminados y la claridad de un cielo que ilumina el paisaje desde un lugar aún más alto que el propio cielo, ha surgido la vida y con ella, un temblor de miembros y miradas, un desasosiego de pasos en la calle cuyo destino es el encuentro de esas dos criaturas arrojadas a una luz edénica, casi alucinada sobre el resplandor de los verdes hortelanos y los naranjas frutales.

Tiembla la claridad sobre las casas y agita el viento las palmeras en esa luminosidad lechosa de la tarde de invierno murciana, mientras nos dejamos llevar por el Malecón hasta mediados del siglo pasado, hasta los misterios de naranjos y de acequias alimentados por el río que intuimos próximo.

Pero volvamos a la fábula en la que esos dos personajes tienen un cometido. Se hallarán sin duda en algún punto del trayecto, aunque Ramón Gaya, que ha pasado dos décadas fuera de Murcia cuando pinta este cuadro, demora cauteloso el desenlace y nos ofrece sólo el preámbulo de una escena revelada con los colores del tiempo o con los que ha pintado un tiempo antes que una calle, un destino antes que una escena. La sabiduría se construye con la gramática de la sencillez y la belleza de esta obra alberga la humildad de lo verdadero y de lo sublime aderezada con un exquisito encanto poético.

No importa que la frontera entre la huerta y la ciudad esté ahí representada como un símbolo de la Murcia rediviva, pues los ojos de Gaya han rememorado, seguramente, en el exilio imposible del artista centenares de veces ese límite extraordinario del agua, de los árboles y del hombre.

Pascual García